CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

POR ELLOS ME SANTIFICO (JN 17,19)

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=Pve_Rdd8U0U

«Por ellos me santifico» (Jn 17, 19). Este es el título que he elegido para esta reflexión. Es un versículo dentro de esa oración sacerdotal del capítulo 17: «Por ellos me santifico».

Bueno, y primero por explicar, ¿por qué he elegido este tema?, pues decir que en el transcurso de nuestra vida espiritual suele ser frecuente que el Señor nos vaya mostrando interiormente algunos pasajes del evangelio de forma especial, y entonces solemos ir degustando perlas preciosas que uno descubre en el evangelio que nos van alimentando, y así, según uno va avanzando en su vida, pues igual hay momentos en su vida espiritual en los que está centrado la anunciación, le parece una joya; otros el momento de Gesemaní, otros el momento de, no sé, la parábola del hijo pródigo…

Bueno, el Señor nos suele ir mostrando las perlas preciosas de la palabra de Dios que nos resultan especialmente significativas. ¿Cuál es tu pasaje evangélico, los jóvenes dirían, favorito? ¿Cuál es el pasaje evangélico en el que te sientes interiormente más interpelado? Bueno, pues eso es lo que hoy voy a compartir con vosotros, porque en los últimos meses, no sé si años, pero los últimos meses de mi vida, pues he ido intuyendo la importancia de este versículo que os quiero comentar: «Por ellos me santifico» (Jn 17, 19), la oración sacerdotal, el capítulo 17 de San Juan, me parece que es lo más, una de las cumbres del evangelio. Y entonces os quiero compartir esto.

Me parece que, por otra parte, el capítulo 17 de San Juan es algo singularísimo, porque en ella se muestra la intimidad de Cristo con el Padre. Claro, y esto, en cierto sentido, todo el evangelio es revelación del Padre, sí, pero explícitamente, cómo Cristo y el Padre hablan, eso en muy pocos lugares del evangelio lo vemos recogido. Eso es muy infrecuente. O sea, Jesús no solo es el altavoz del Padre, sino que, en este capítulo 17, nos muestra cómo es su intimidad con Él. Esto, ¿en qué pasajes del evangelio lo podemos encontrar? Bueno, en algunos sí, por ejemplo, antes de la pasión (Jn 12,27), allí dice: «Ha llegado la hora. Padre, glorifica a tu hijo con la gloria». Sí, hay ahí unos breves versículos, dos o tres versículos, en los que Jesús habla con el Padre.

También están las palabras de la cruz: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu», etc. Este diálogo de Jesús con el Padre. Breves palabras. Está también ese famoso pasaje de Mateo 11, la oración de alabanza al Padre: «Padre, te doy gracias porque

estas cosas se las ocultas a sabios e inteligentes y se las revelas a la gente sencilla». También existe ese pasaje. Pero bueno, son unos breves versículos también. Está la oración de Jesús antes de la resurrección de Lázaro: «Padre, yo sé que siempre me escuchas, pero te digo esto para que todos crean en ti». También ahí hay una oración entre Cristo y el Padre. También está la oración de Getsemaní, donde Jesús ora al Padre: «Padre, si es posible que pase de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». O sea, que existen algunos breves pasajes en los que se muestra la intimidad de Jesús con el Padre. Pero a ver, el capítulo 17 de San Juan es singularísimo porque es un capítulo entero. Es un capítulo entero en que Jesús habla con el Padre. Le llamamos la oración sacerdotal.

Además, está pronunciada en el término de la última cena, y tiene como tema central la comunión entre el Padre y el Hijo derramada en sus discípulos. Entonces, por eso os digo que en un momento determinado uno dice: "Esto es una joya, es casi como el corazón, del evangelio". Y, además, hagamos una contextualización de ese capítulo 17, porque está en una sobremesa, está dentro de la sobremesa de la última cena. La sobremesa de la última cena es larga, según San Juan. Son allí varios capítulos, del 14 al 17, y la sobremesa es lugar de intimidad. Jesús acostumbraría a tener sobremesas con sus apóstoles, seguro. Que, por cierto, yo una de las cosas que he descubierto en uno de esos últimos números de esa revista de la Antorcha del ACDP, no sé si la leísteis, es que la palabra *sobremesa* es una palabra específicamente española. O sea, el término “sobremesa” no existe en inglés, en italiano, en alemán, en francés, en portugués…, no. En los demás idiomas, para decir sobremesa, hay que decir una frase compuesta: “diálogo que se mantiene después de haber concluido la comida en una mesa”. La palabra sobremesa es específicamente española, fíjate bien, y hace referencia a nuestra santa costumbre de tener comunión en torno a la mesa.

Yo me acuerdo perfectamente de que, siendo un chavalillo, niño adolescente, de recibir la reprimenda de mis padres cuando me levantaba de la mesa que decían, "¿A dónde vas? Que estamos en sobremesa”. Entonces, a ver, ¿a dónde vas? Estamos en sobremesa. Este es un momento de vernos y escucharnos. Es un momento de intimidad. “¿A dónde vas tú?", ¿no? Y vas otra vez a sentarte. Ahora nos hemos cargado la sobremesa, la mesa y la premesa. Resulta que comemos por turnos y con el móvil encima de la mesa, un desastre.

Pero fíjate, es que esa parte del evangelio de San Juan es una sobremesa, es una sobremesa en la que Jesús abre el corazón en un momento culminante en el que sabe que ha llegado la hora de pasar al Padre y abre su corazón. Además, teniendo en esa sobremesa un episodio, porque claro, el que la cuenta (el episodio de la sobremesa), ¿quién es? El que la cuenta es Juan, el que precisamente en esa sobremesa recibe un regalo especial, ¿no? El regalo de reclinar su cabeza en el costado de Cristo. Es ese discípulo amado que tuvo ese privilegio de reclinar su cabeza. «Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús». Y esto es una clave hermenéutica de toda la Sagrada Escritura. Es entender que Juan, desde el corazón de

Cristo, ha recogido la revelación de Jesús. San Agustín dice: «Juan bebió en el pecho del Señor los misterios más profundos. De allí brotó su evangelio». Atento a esto.

San Gregorio Magno dice algo por el estilo: «Juan descansó sobre el pecho del Redentor y de allí extrajo los misterios ocultos». Y la famosa frase de orígenes, dice: «Nadie puede comprender el evangelio de Juan si no has reposado sobre el pecho de Jesús y no has recibido de Jesús a María como madre». Eso lo dice orígenes. Hay dos condiciones para entender el evangelio de Juan: haber reclinado nuestra cabeza en el costado de Cristo y haber recibido a María como madre.

Bueno, por lo tanto, es una clave hermenéutica el que Juan fuese el que reclinase su cabeza en el pecho de Jesús y que sea él el que recoja la oración de intimidad entre Cristo y el Padre. Entonces, esos cuatro capítulos comienzan con: «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, me voy a prepararos un lugar…». Y culmina finalmente en que Jesús pasa a hablar con el Padre teniéndoles a ellos por testigos. Entonces, es maravilloso.

Ese capítulo 17 comienza diciendo: «Así habló Jesús, y levantando los ojos al cielo dijo: -- Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu hijo». Comienza con el anuncio de la inminente glorificación. Luego Jesús pide al Padre que guarde a sus discípulos. «Guárdalos». Jesús lucha por sus discípulos. Jesús pide al Padre la santificación de los discípulos para enviarlos al mundo. «Santifícalos en la verdad». Y lo que me parece el culmen es que Jesús une y ofrece su santificación a la de los discípulos. Que de ahí he cogido el título de esta reflexión: «Yo por ellos me santifico».

Es decir, el capítulo 17 es como Jesús orando al Padre y compartiendo con Él sus anhelos y sus sufrimientos. El sufrimiento de que su mensaje es acogido, no es acogido, es rechazado y es un sufrimiento grande, obviamente.

Por cierto, esto es un pequeño, digamos, paréntesis; es también para que nos admiremos de lo que acontece también en la pastoral juvenil. Es impresionante que el grupo ese, Hakuna, de música moderna religiosa, haya tenido como uno de sus temas, uno de sus éxitos, la canción «Dime Padre», que me parece que es increíble. Fijaros que en la pastoral juvenil se haya introducido esa canción en la que precisamente es un diálogo de Cristo con el Padre, en el que Jesús dice, «¿Qué haré? Sufro porque no me escuchan. Padre, ¿qué les digo? ¿Cómo lo hago?» Es una canción impresionante que los jóvenes cantan en los conciertos; pero se la saben de memoria. Toda la letra la voy a leer:

Dime, Padre, ¿qué podemos hacer?
Tus hijos se pierden y no entiendo por qué

Dime Padre, cada día se alejan más
Y de verdad que no he hecho nada mal
Pero curan sus heridas con lo que no les curará

Les di el mandamiento del amor

Me crucificarían mil veces más
Pero ellos huyen de su creador y de su eterna felicidad

Y es que los hemos hecho tan libres
Que a veces me duele pensar
Que este don y este regalo, lo utilicen para el mal

Dime, Padre, ¿cómo a nuestra familia reunir?
Les ofrecemos la eternidad, pero prefieren huir

Dime, Padre, ¿cómo ablandar su corazón?
¿Cómo quitar esa coraza formada por el dolor?

Si supieran cuánto les amamos
Si supieran que todo tiene un porqué
Dime, Padre, cómo sus almas acoger

Si supieran que ahora somos dependientes
De que nuestra creación nos quiera
Nuestro único deseo es que sus almas estén llenas

Dime, Padre, ¿cómo les explicamos que son lo que más amamos?
Dime Padre, cómo les guiamos a aquello que les completa
Si es que se refugian en falsas metas
Y nos destroza, verles odiarse, verles odiarse con tanta fuerza

Dime, Padre, ¿cómo parar este dolor?
Quiero que me quieran, pero no es obligación
Les miro con mis ojos, llenos de compasión
Y te aseguro que acepto cualquier tipo de perdón

Solo nos queda esperar
A que escuchen nuestra voz
Que vean las puertas abiertas de este cielo acogedor
Qué siempre serán bienvenidos a los brazos de este corazón
Que solo quiere verlos unidos en la tierra con su salvador

Y me hago pan, pero no me ven
Me cuelo en sus pensamientos, pero no me ven
Me meto en sus entrañas, una y otra vez
Lloro todos los días, pero no me ven

Dime, padre, ¿qué puedo hacer?
Tus hijos se pierden y se alejan
Y me da miedo que no sepan volver

Y la canción concluye, después de una transición, Jesús se dirige al Padre; yo entiendo que en esta primera parte es el sufrimiento de Jesús en Getsemaní, en esta oración sacerdotal. Y concluye diciendo:

Papá, dejarán de llorar
Espero que esos caminos vacíos se puedan solucionar
Esperaré hasta el último segundo para volverlo a intentar
No me rendiré, quiero a tus hijos de verdad

No ven que el bien ya ha vencido
Que la serpiente que les hace temblar
Ya la ha pisado mi madre, solo tienen que mirarme
Y vivirán

Bueno, no me digáis que no es sorprendente, ver un estadio de jóvenes cantando, todos, esta canción que se saben de memoria. Es algo sorprendente.

Vamos esto en la pastoral juvenil de los años 80 no hubiese sido posible. Hubiésemos cantado una canción con cuatro tonterías. O sea, algo se está moviendo para que incluso en la pastoral juvenil se entienda que esa intimidad de Cristo con el Padre es lo esencial, de que Jesús lucha por nuestra redención; esto es lo nuclear.

Bueno, pues llegados a este punto, dentro de ese capítulo 17 de la oración de Jesús al Padre, yo me quiero centrar especialmente en el versículo (17, 19): «Yo por ellos me santifico, me santifico a mí mismo para que también ellos sean santificados en la verdad».

¿Cómo entendemos esa expresión? Hay traducciones que dicen, «Yo por ellos me santifico». Otras traducciones dicen, «Yo por ellos me consagro». Me santifico o me consagro. La Biblia de la Conferencia Episcopal o la de Jerusalén dice, «Me santifico». La de *Nacar Colunga* traduce por «Me consagro».

A ver, el texto original y el sentido básico es *hagiazo* (del griego), que literalmente significa «hacer santo». También se puede entender como separar para Dios, consagrar, dedicar al servicio divino. En el contexto del Antiguo Testamento griego de los 70 se usa en dos sentidos: Consagrar objetos o personas al culto divino, *hagiazo*, o también, purificar y santificar moralmente; las dos acepciones. Con lo cual, digamos, la traducción: «Yo por ellos me santifico», «Yo por ellos me consagro», no hay que contraponerlas, las dos cosas están integradas. O sea, Cristo ha sido ofrecido al Padre como ofrenda, y al mismo tiempo Él se santifica; «Yo por ellos me santifico», «Yo por ellos me consagro». Las dos acepciones son correctas. O sea, es ofrecerse en sacrificio y santificarse uno, al mismo tiempo. Al mismo tiempo que se consagra, se ofrece, se santifica Él.

De hecho, Santo Tomás de Aquino recogiendo estas dos acepciones, «Soy separado, ofrecido para Dios» y «Yo me santifico», distinguiendo los dos niveles: «Santificación de Cristo como consagración sacerdotal» o «santificación de uno», añade un matiz precioso con esta frase: «El ejemplo de Cristo que se santifica por nosotros nos enseña a ofrecer también nuestras vidas a Dios por el bien de los demás». Esto es la tesis que yo quiero compartir esta mañana con vosotros.

Claro, uno podría decir, «Bueno, pero Cristo se santifica. ¿Cómo es eso que Cristo se santifica? ¿Cómo se puede entender eso? ¿Qué pasa, que es pecador o qué?» No.

Pero fíjate, dice también ese texto, «El niño crecía en estatura, en sabiduría y en gracia». Luego, también había un crecimiento en la humanidad de Jesús. Obviamente la divinidad de Jesús no tiene crecimiento, es infinita, pero su humanidad sí está sujeta al crecimiento; también en esa educación de amar al Padre, de abandonarse al Padre. Por eso el sí humano de Jesús es meritorio, porque en Él ha habido un crecimiento. Hemos sido redimidos por un sí de una voluntad humana que se ha ofrecido plenamente a Dios.

Luego, cuando Jesús dice: «Yo por ellos me santifico», o dice: «Yo por ellos consagro; he sido apartado», para ofrecerse a Dios en sacrificio. Yo por ellos me santifico moralmente, me santifico espiritualmente. Los dos sentidos los vemos plenamente reflejados en nuestra vida sacerdotal. Los dos. Santificar implica consagración sacerdotal, implica transformación interior: santificación. A ver, esto es impactante, repito la frase de Santo Tomás de Aquino: «El ejemplo de Cristo que se santifica por nosotros nos enseña a ofrecer también nuestras vidas a Dios por el bien de los demás».

Otra cosa que yo he descubierto también meditando en esto: «Ah, pero si yo esto lo rezo todos los días sin darme cuenta», porque yo he sido educado en hacer el ofrecimiento diario del apostolado de la oración por las mañanas. Y cuando hacemos ese ofrecimiento, decimos, «Ven, Espíritu Santo, inflama nuestros corazones en las ansias redentoras del corazón de Cristo para que ofrezcamos de veras nuestras personas y obras en unión con Él por la redención del mundo». Ojo con la expresión, o sea, que yo estoy ofreciendo mi vida. Yo por ellos me santifico para que también ellos se santifiquen. Ofrezco mi vida en unión con Cristo por la redención del mundo. Diariamente algunos rezamos esto en el ofrecimiento de obras. Entonces, vamos a ver, profundizando más:

Importancia de vivir la vinculación de nuestra propia santificación a la de las almas que se nos han confiado

Porque claro, si yo pues en vez de ser José Ignacio Munilla, pues si fuese San Ambrosio o San Agustín o San Francisco de Sales, pues claro que a la diócesis le iría mejor. Y si tú fueses, pues el Santo Cura de Ars, pues a tu parroquia le iría mejor, ¿sabes? Y lo mismo le pasa al padre de familia, madre de familia. O sea, hay una vinculación de nuestra propia santidad a la a la encomienda que Dios nos ha dado.

¿Cómo entender esto correctamente? Bueno, hay que entenderlo de una manera matizada porque, bueno, sabemos que existió la herejía donatista. El donatismo supeditaba la gracia sacramental, incluso la validez sacramental, a la santidad del ministro celebrante. También podría ser un error lo contrario, el decir, pues la santidad del ministro no importa para nada. Bueno, detengámonos un poco en el tema del donatismo, que es muy interesante. Fue uno de los debates teológicos más importantes de la historia de la Iglesia y San Agustín fue el que lo libró principalmente. El error

donatista consistía en que hacía ligar la santidad del ministro y la eficacia de los sacramentos.

El donatismo surge en el siglo IV en el norte de África. Sostenía que los sacramentos administrados por ministros indignos o pecadores eran inválidos, es decir, si un sacerdote había caído en el pecado, por ejemplo, si era un *lapsis* (que proviene del latín y significa "los que han tropezado" o "los caídos"), había traicionado la fe durante las persecuciones, sus sacramentos no comunicaban la gracia porque su alma manchada bloqueaba la acción de Dios. Esta teoría fue combatida con potencia por San Agustín, entre otros.

Claro, según esto, la eficacia del sacramento, incluso la validez de un sacramento, depende del estado moral del hombre que lo administra. Qué angustia, ¿no? Y aunque no fue San Agustín el que pronunció la expresión *exóperato*, que eso vino más tarde, esa expresión, el concepto, sí fue suyo. La enseñanza clásica de la iglesia desarrollada por San Agustín afirma que los sacramentos actúan por su propia fuerza, porque Cristo resucitado es el que realiza esa acción salvífica. Es Jesús, el Cristo glorioso, el que preside los sacramentos. Esto significa que Cristo mismo actúa en cada sacramento. El ministro es un instrumento de su acción, pero no es más que un instrumento. Por lo tanto, la validez y eficacia del sacramento no dependen de la santidad del ministro, sino de tres cosas:

1) Que el ministro tenga la intención de hacer lo que hace la Iglesia,
2) que use la materia y la forma adecuada y
3) que el sujeto que recibe el sacramento no ponga obstáculo.

Así, incluso si el sacerdote es pecador, Cristo actúa eficazmente a través de él. Esto protege la seguridad de los fieles, el que no esté bloqueada la gracia de Cristo por una vida oculta, una falta de santidad del ministro que celebra.

Bien, hasta ahí llegamos en cómo respondemos a la herejía donatista; pero cuidado, que esto no quiere decir, vayamos al extremo contrario, que entonces no importa nuestra santidad; sería un error también irse al lado contrario, porque lo que es obvio, lo que es evidente es que el Señor nos ha asociado con Él, hay un misterio de corredención. Cuando Jesús pide a sus discípulos, «Velad y orad. ¿No habéis podido velar y orar una hora conmigo?». O sea, Jesús pide introducirse con Él, colaborar con Él en la redención del mundo. Lo está pidiendo. El concepto católico de redención no es meramente pasivo, no es el concepto luterano. El concepto católico de corredención nos introduce a nosotros también, colaborando con Cristo en esa redención.

Esta cuestión que ha sido objeto de discernimiento en meses anteriores sobre el tema de María corredentora, en mi opinión, nos ha podido distraer, porque, ¿con qué nos hemos quedado con esa historieta de María Corredentora? Bueno, que a ver, la cuestión está en la palabra, que la palabra, dependiendo de cómo se utilice, se puede entender bien, se puede entender mal. Y es obvio, si se utiliza la palabra corredención en el sentido de “con”, “redimir con”, entonces es correcta. Pero claro, si se utiliza la

palabra *co*rredentora, no tanto en el sentido de “con”, sino en otro sentido que es la acepción de equiparación igualitaria, como cuando se dice el *co*autor del libro o el *co*director, claro, eso es distinto, porque la palabra coautor o codirección ya no está hablando de “*con”*, sino habla de una equiparación igualitaria. En ese sentido, el término el término no sería correcto. Bien, de acuerdo. Pero con todos mis respetos, nos estamos olvidando de lo sustancial. Y lo sustancial es que todos, no solo María, todos los cristianos, estamos llamados a colaborar con Cristo en la redención del mundo. Todos estamos llamados a participar también de esa redención, o sea, Jesús nos asocia con Él en la redención del mundo. Nos introduce en su misterio. No solo somos meramente espectadores, receptores pasivos. «Velad y orad conmigo». «Completo en mi carne lo que falta la pasión de Cristo» (Col 1,24). Jesús pide compañía, pide quien sacie su sed de amor y nos incorpora de una forma singular al misterio de la corredención.

Entonces, señores, claro, la santidad es muy importante. Si uno no tiene una vida de santidad, ¿cómo va a comprender este lenguaje? No comprende esto. Es un lenguaje que no tiene encarnación en nosotros si no vivimos una vida de santidad. Sería erróneo pensar que el tema de la santidad del ministro es un tema secundario.

Claro que puede influir en los frutos espirituales de nuestro ministerio nuestra santidad, y no solo en el sentido de ejemplo, porque eso lo entendemos fácil. Es que el ejemplo que puedes dar puede ayudar a la gente. Claro, eso sí, eso es obvio que el ejemplo que podemos dar facilita la conversión o dificulta la conversión, eso es fácil entenderlo, pero más allá que el tema por el influjo del ejemplo; porque ahí tenemos, por ejemplo, a las almas contemplativas, que se ocultan a los ojos del mundo, y tienen un influjo benéfico en quienes no las conocen. O sea, el influjo benéfico de las almas contemplativas no está solamente en quienes las han conocido y les impacta su testimonio, que ciertamente es impactante el testimonio de las religiosas de clausura. Que, por cierto, el año pasado cuando estuve haciendo la visita en prisión en Navidad recuerdo que me impactó una reclusa que pedía por las monjas de clausura que voluntariamente se ponen detrás de las rejas. Dije yo: “esta mujer habrá oído hablar de ellas y se ha quedado alucinada”. Claro, se ha quedado alucinada porque ha dicho: "Pero, hombre, que hay unas monjas que voluntariamente se meten detrás de las rejas", y la mujer pidió por ellas. Yo cuando la escuché dije, "Madre mía, qué petición ha sido ésta en una prisión". Claro, el testimonio de esas mujeres, a esa mujer, la había dejado desarmada.

Ya, pero el influjo de la vida contemplativa no solo está en los que conocen y se ven arrastrados por el ejemplo, están también en quienes no lo conocen, y nosotros intuimos muchas veces en nuestra vida que Dios se está sirviendo en ese cuerpo místico de Cristo, de la participación del misterio en el misterio de la redención de muchas almas que nos están sosteniendo, y nos sentimos sostenidos. Alguien nos está sosteniendo, lo percibimos. Y claro, nosotros también estamos llamados a sostener. No solo a ser sostenidos, sino a participar en ese misterio de corredención.

Por lo tanto, la maternidad aquí, ¿por qué es importante entender que o la santidad forma parte de nuestra vida o, si no, el misterio de la Iglesia lo estamos devaluando? Porque la maternidad de la Iglesia no se puede entender meramente como la santidad de Cristo que vive dentro de la Iglesia, sino que la santidad se le comunica a la iglesia misma. La Iglesia es santa, no solo lleva dentro de sí la santidad, no, ella es santa. De lo contrario, permitidme la expresión un poco provocadora, seríamos como un vientre de alquiler, que yo llevo dentro una santidad pero que no es mía, la llevo y se la paso a otro. No, la Iglesia no tiene un vientre de alquiler, la Iglesia lleva a Jesús en su seno, pero está plenamente empapada, contagiada de su santidad. Si no hubiera santos en la iglesia, si no hubiera ministros santos, la Iglesia sería solamente la prometida de Cristo, pero no sería la esposa de Cristo. Nosotros no somos la prometida, somos la esposa, que es otra cosa. Y eso obviamente configura nuestra vida.

La proclamación de la llamada a la santidad no es separable de la realización, porque una cosa es que se proclame, pero se tiene que realizar. Una palabra proclamada y no realizada es frustrante. Tiene que llegar a una fecundación en nuestra vida, de forma que el pastoreo y el testimonio estén plenamente integrados, que comuniquen el amor al mismo tiempo que lo ejerzan. Que la iglesia es sacramento de Cristo significa que Cristo vive en ella, en las personas que obran en ella, porque no existe una iglesia al margen de las personas que la conformamos. Se dice, "La iglesia es santa", ¿y la iglesia quién es? ¿Dónde está? A ver, está en nosotros. Una iglesia sin miembros, no es. Luego, decir que la Iglesia santa implica nuestra santidad.

En definitiva, que yo creo que Jn 17,19 es tremendo. Esa expresión de «yo por ellos me santifico para que también ellos se santifiquen», la verdad. O sea, qué gran compromiso tenemos. Yo, ¿qué es lo que podría hacer por mis fieles? Pues mi propia santificación. Solemos hacer planes pastorales, y está muy bien, claro. Primer bienio, segundo bienio y tal, ¿no? Tercer bienio. A ver, está muy bien, y no lo digo con ironía ninguna, está aquí presente el vicario, ironía ninguna, pero entendedme que todo eso es papel mojado si no va unido a este misterio. Entonces es clave. Yo creo que entendamos que el capítulo 17 de San Juan es uno de los momentos cumbre de la revelación en el que Jesús nos muestra su intimidad por el Padre; que se muestra cómo Jesús lucha por las almas, pelea por las almas.

Esto tiene consecuencias en todos nosotros. Por ejemplo, estaba en las visitas pastorales que estoy haciendo a los colegios. Una de las cosas que les digo a los profesores en los claustros de profesores: “lo primero que tenéis que hacer es luchad por los que os han sido encomendados. Orad al Padre uno por uno por los que se os han encomendado, por vuestros alumnos. Poned uno por uno presentes delante del Señor, a cada uno de ellos, y decir, «Yo por ellos me santifico». Voy a renovarme, me voy a santificar, porque a mí me han encomendado estos alumnos. Si yo no soy santo, los chavales van a tener un problema para ser educados”. Eso se dice del profesor, se dice del padre y de la madre, se dice de nosotros, se dice de todo el mundo, «Yo por ellos me santifico para que también ellos se santifiquen».

Desde luego, al Señor no se le podrá reprochar que no nos ha hablado con claridad, con transparencia, que nos ha mostrado y nos ha revelado su intimidad de una manera sublime, pero es curioso que necesitemos tanto tiempo para percatarnos. Es curioso que uno diga, después de muchos años de haber leído el evangelio, que diga: "Pues en esto no me había fijado nunca". Madre mía, pues fíjate que estaba proclamado de una manera tan clave y determinante.